

bía los dichos y hechos que le parecían más notables de Jesucristo, nuestro Salvador, y los de su gloriosa Madre, nuestra Señora, la virgen María, y de los otros santos. Y tenía ya tanta devoción, que escribía con letras de oro los de Cristo, nuestro Señor, y los de su santísima Madre con letras azules, y los de los demás santos con otras colores, según los varios afectos de su devoción. Sacaba nuevo contento y nuevos gozos de todas estas ocupaciones, pero de ninguna más que de estar mirando atentamente la hermosura del cielo y de las estrellas; lo cual hacía muy á menudo y muy de espacio; porque este aspecto de fuera, y la consideración de lo que hay dentro de los cielos y sobre ellos, le era grande estímulo é incentivo al menosprecio de todas las cosas transitorias y mudables, que están debajo dellos, y le inflamaba más en el amor de Dios. Y fué tanta la costumbre que hizo en esto, que aún le duró despues por toda la vida; porque muchos años despues, siendo ya viejo, *le vi yo* (1) estando en alguna azutea ó en lugar eminente y alto, *de donde se descubría nuestro hemisferio y buena parte del cielo* (2), enclavar los ojos en él. Y á cabo de rato que había estado como hombre arrobado y suspenso, y que volvía en sí, se enternecía. Y saltándosele las lágrimas de los ojos, por el deleite grande que sentía su corazón, le oía decir: «¡Ay, cuán vil y baja me parece la tierra cuando miro al cielo! Estiércol y basura es.» Trató también lo que había de hacer á la vuelta de Hierusalén; pero no se determinó en cosa ninguna, sino que, como venado sediento y tocado ya de la yerba, buscaba con ansia las fuentes de aguas vivas, y corría en pos del cazador que le había herido con las saetas de su amor. Y así, de día y de noche se desvelaba en buscar un estado y manera de vida en el cual, puestas debajo de sus piés todas las cosas mundanas y la rueda de la vanidad, pudiese él castigarse y macerarse con extremado rigor y aspereza, y agradar más á su Señor.

CAPÍTULO III.

Del camino que hizo de su tierra á Nuestra Señora de Monserrate.

Había ya cobrado razonable salud, y porque la casa de Loyola era muy de atras allegada y dependiente de la del duque de Nájara, y el mismo Duque le había enviado á visitar en su enfermedad algunas veces, con achaque de visitar al Duque y cumplir con la obligación en que le había puesto, pero verdaderamente por salir, como otro Abraham, de su casa y de entre sus deudos y conocidos, púsose á punto para ir camino. Olié el negocio Martín García de Loyola, su hermano mayor, y dióle mala espina; y llamando aparte á Ignacio en un aposento, comenzó con todo el artificio y buen término que supo, á pedirle y rogarle muy ahincadamente que

(1) Borrado por el mismo padre Rivadeneira.

(2) Borradas igualmente estas palabras, poniendo la palabra *cielo* al fin de la cláusula.

mirase bien lo que hacía, y no se echase á perder á sí y á los suyos; mas que considerase que bien entablado tenía su negocio, y cuánto camino tenía andado para alcanzar honra y provecho, y que sobre tales principios y tales cimientos podría edificar cualquier grande obra; que las esperanzas ciertas de su valor é industria á todos prometían todas las cosas. Dice: «En vos, hermano mio, son grandes el ingenio, el juicio, el ánimo, la nobleza, y favor y cabida con los príncipes, la buena voluntad que os tiene toda esta comarca, el uso y experiencia de las cosas de la guerra, el aviso y prudencia; vuestra edad, que está agora en la flor de su juventud, y una espectación increíble, fundada en estas cosas que he dicho que todos tienen de vos. Pues ¿y cómo quereis vos, por un antojo vuestro, engañar nuestras esperanzas tan macizas y verdaderas, y dejarnos burlados á todos, despojar y desposeer nuestra casa de los trofeos de vuestras victorias, y de los ornamentos y premios que de vuestros trabajos se le han de seguir? Yo en una sola cosa os hago ventaja, que es en haber nacido primero que vos, y soy vuestro hermano mayor; pero en todo lo demás yo reconozco que vais adelante. Mirad (yo os ruego, hermano mio, más querido que mi vida) lo que haceis, y no os arrojéis á cosa que no sólo nos quite lo que de vos esperamos, sino también amancille nuestro linaje con perpétua infamia y deshonor.» Oyó su razonamiento Ignacio, y como había otro que le hablaba con más fuerza y eficacia al corazón, respondió á su hermano con pocas palabras, diciendo que él miraría por sí y se acordaría que había nacido de buenos, y que le prometía de no hacer cosa que fuese en deshonor de su casa. Y con estas pocas palabras, aunque no satisfizo al hermano, apartóle y sacudióle de sí, y púsose en camino, acompañado de dos criados, los cuales poco despues despidió, dándoles de lo que llevaba. Desde el día que salió de su casa tomó por costumbre de disciplinarse áspidamente cada noche, lo cual guardó por todo el camino que hizo á Nuestra Señora de Monserrate, adonde iba á parar. Y para que entendamos por qué pasos y por qué como escalones llevaba Dios á este su siervo, y le hacía subir á la perfección, es de saber que en este tiempo ni él sabía, ni tenía cuidado de saber, qué sea caridad, qué humildad, qué paciencia, qué quiere decir desprecio de sí, cuál sea la propiedad y naturaleza de cada una de las virtudes, qué partes y oficios y límites tiene la templanza, qué pide la razón y prudencia espiritual y divina. A ninguna de estas cosas paraba mientes, sino que abrasado y aferrado con lo que entonces le parecía mejor y más á propósito de su estado presente, ponía todo su cuidado y conato en hacer cosas grandes y muy dificultosas para afligir su cuerpo con asperezas y castigos. Y esto no por otra razón, sino porque los santos que él había tomado por su dechado y ejemplo habían echado por este camino; porque ya desde entonces comenzaba nuestro Señor á plantar en el corazón de Ignacio un vivo y ar-

dentísimo deseo de buscar y procurar en todas sus cosas lo que fuese á los ojos de su Majestad más agradable; que éste fué como su blason siempre, y como el ánimo y vida de todas sus obras: *A mayor gloria divina*. Pero ya en estas penitencias que hacía había subido un escalón más, porque en ellas no miraba, como ántes, tanto á sus pecados, cuanto al deseo que tenía de agradar á Dios. Porque, aunque era verdad que tenía grande aborrecimiento de sus pecados pasados, pero en las penitencias que hacía para satisfacer por ellos, estaba ya su corazón tan inflamado y abrasado de un veheméntísimo deseo de agradar á Dios, que no tenía cuenta tanto con los mismos pecados, ni se acordaba de ellos, como de la gloria y honra de Dios, cuya injuria quería vengar haciendo penitencia de ellos. Iba, pues, Ignacio su camino, como dijimos, hacia Monserrate, y topó acaso con un moro de los que en aquel tiempo aún quedaban en España, en los reinos de Valencia y Aragón. Comenzaron á andar juntos y á trabar plática, y de una en otra vinieron á tratar de la virginidad y pureza de la gloriosísima Virgen nuestra Señora. Concedía el moro que esta bienaventurada Señora había sido virgen ántes del parto y en el parto, porque así convenía á la grandeza y majestad de su Hijo. Pero decía que no había sido así despues del parto, y traía razones falsas y aparentes para probarlo, las cuales deshacía Ignacio, procurando con todas sus fuerzas de desengañar al moro y traerle al conocimiento de esta verdad; pero no lo pudo acabar con él, ántes se fué adelante el moro, dejando solo á Ignacio, muy dudoso y perplejo en lo que había de hacer. Porque no sabía si la fe que profesaba y la piedad cristiana le obligaban á darse prisa tras el moro, y alcanzarle y darle de puñaladas por el atrevimiento y osadía que había tenido de hablar tan desvergonzadamente en desacato de la bienaventurada siempre Virgen sin mancha. Y no es maravilla que un hombre acostumbado á las armas y á mirar en puntillos de honra, que pareciendo verdadera, es falsa, y como tal, engaña á muchos, tuviese por afrenta suya, y caso de ménos valer, que un enemigo de nuestra santa fe se atreviese á hablar en su presencia en deshonor de nuestra soberana Señora. Este pensamiento, al parecer piadoso, puso en grande aprieto á nuestro nuevo soldado, y despues de haber buen rato pensado en ello, al fin se determinó á seguir su camino hasta una encrucijada de donde se partía el camino para el pueblo adonde iba el moro, y allí soltar la rienda á la cabalgadura en que iba, para que si ella echase por el camino por donde el moro iba, le buscara y le matara á puñaladas; pero si fuese por el otro camino, le dejara y no hiciera más caso del. Quiso la bondad divina, que con su sabiduría y providencia ordena todas las cosas para bien de los que le desean agradar y servir, que la cabalgadura, dejando el camino ancho y llano, por do había ido el moro, se fuese por el que era más á propósito para Ignacio. Y de aquí podemos sacar por

qué caminos llevó nuestro Señor á este su siervo, y de qué principios y medios vino á subir á la cumbre de tan alta perfección. Porque, como dice el bienaventurado san Agustín, las almas capaces de la virtud, como tierras fértiles y lozanas, suelen muchas veces brotar de sí vicios, y son como unas malas yerbas, que dan muestra de las virtudes y frutos que podrían llevar si fuesen labradas y cultivadas. Como Moisés cuando mató al egipcio, como tierra inculta y por labrar, daba señales, aunque viciosas, de su mucha fertilidad y de la fortaleza natural que tenía para cosas grandes. Estando pues ya cerca de Monserrate, llegó á un pueblo, donde compró el vestido y traje que pensaba llevar en la romería de Hierusalén, que fué una túnica hasta los piés, á modo de un saco, de cáñamo áspero y grosero. Cifóse con un pedazo de cuerda, los zapatos fueron unos alpargates de esparto, un bordon de los que suelen traer los peregrinos, una calabacica para beber un poco de agua cuando tuviese sed. Y porque temía mucho la flaqueza de su carne, aunque con aquel favor celestial que tuvo (de que arriba dijimos), y con los vivos deseos de agradar á Dios, que el mismo Señor le daba, se hallaba ya mucho más alentado y animado para resistir y batallar, poniéndose todo debajo del amparo y protección de la serenísima Reina de los ángeles, virgen y madre de la puridad, hizo voto de castidad en este camino, y ofreció á Cristo nuestro Señor y á su Santísima Madre la limpieza de su cuerpo y ánima, con grande devoción y deseo fervoroso de alcanzarla; y alcanzóla tan entera y cumplida como queda escrito en el segundo capítulo. Tan poderosa es la mano de Dios para socorrer á los que con fervor de espíritu se le encomiendan, tomando por abogada y medianera á su benditísima Madre.

CAPÍTULO IV.

De cómo mudó sus vestidos en Monserrate.

Es Monserrate un monasterio de los religiosos de San Benito, una jornada de Barcelona, lugar de grandísima devoción, dedicado á la Madre de Dios, y celebrado en toda la cristiandad por los continuos milagros y por el gran concurso de gentes que de todas partes vienen á él á pedir favores á la Santísima Virgen nuestra Señora, que allí es tan señaladamente reverenciada. Á este santo lugar llegó Ignacio, y lo primero que hizo fué buscar un escogido confesor, como enfermo que busca el mejor médico para curarse. Confesóse generalmente de toda su vida por escrito y con mucho cuidado, y duró la confesión tres días. Este confesor era un religioso principal de aquella santa casa, el cual fué el primero á quien, como á padre y maestro espiritual, descubrió Ignacio sus propósitos é intentos. Dejó al monasterio su cabalgadura. La espada y daga de que ántes se había preciado, y con que había servido al mundo, hizo colgar delante del altar de nuestra Señora. Corría el año de mil y quinientos y veinte y dos, y la víspera de aquel ale-

gre y gloriosísimo día que fué principio de nuestro bien, en el cual el Verbo eterno se vistió de nuestra carne en las entrañas de su Santísima Madre. Ya de noche, con cuanto secreto pudo, se fué á un hombre pobrecito, andrajoso y remendado, y dióle todos sus vestidos, hasta la camisa, y vistióse de aquel su deseado saco que traía comprado, y púsose con mucha devoción delante del altar de la Virgen. Y porque suele nuestro Señor traer los hombres á su conocimiento por las cosas que son semejantes á sus inclinaciones y costumbres, para que por ellas, como por cosas que mejor entienden y de que más gustan, vengan á entender y gustar las que ántes no entendían, quiso también que fuese así en Ignacio, el cual, como hubiese leído en sus libros de caballerías que los caballeros noveles solían velar sus armas, por imitar él, como caballero novel de Cristo, con espiritual representación aquel hecho caballeroso, y velar sus nuevas y al parecer pobres y flacas armas, mas en hecho de verdad muy ricas y muy fuertes, que contra el enemigo de nuestra naturaleza se había vestido, toda aquella noche, parte en pié y parte de rodillas, estuvo velando delante la imagen de nuestra Señora, encomendándose de corazón á ella, llorando amargamente sus pecados y proponiendo la enmienda de la vida para adelante. Y por no ser conocido, ántes que amaneciese, desviándose del camino real que va á Barcelona, se fué con toda priesa á un pueblo que está hácia la montaña, llamado Manresa, tres leguas de Monserrate, cubiertas sus carnes con solo aquel saco vil y grosero, con su soga ceñido y el bordon en la mano, la cabeza descubierta y el un pié descalzo, que el otro, por haberle aún quedado flaco y tierno de la herida, é hincharsele cada noche la pierna (que por esta causa traía fajada), le pareció necesario llevarle calzado. Apénas había andado una legua de Monserrate, yendo tan gozoso con su nueva librea, que no cabía en sí de placer, cuando á deshora se siente llamar de un hombre que á más andar le seguía. Este le preguntó si era verdad que él hubiese dado sus vestidos ricos á un pobre que así lo juraba, y la justicia, pensando que los había hurtado, le había echado en la cárcel; lo cual como Ignacio oyese, demudándose todo y perdiendo la voz, no se pudo contener de lágrimas, diciendo entre sí: «Ay de tí, pecador, que aún no sabes ni puedes hacer bien á tu prójimo sin hacerle daño y afrenta!» Mas por librar deste peligro al que sin culpa y sin merecerlo estaba en él, en fin confesó que le había dado aquellos vestidos. Y aunque le preguntaron quién era, de dónde venía y cómo se llamaba, á nada desto respondió, pareciéndole que no hacia al caso para librar al inocente.

CAPÍTULO V.

De la vida que hizo en Manresa.

Llegado á Manresa, se fué derecho al hospital, para vivir allí entre los pobres que mendigaban, ensayándose para combatir animosamente contra

el enemigo y contra sí mismo. Y lo que más procuraba era encubrir su linaje y su manera de vivir pasada, para que, encubierto y desconocido á los ojos del mundo, pudiese más libre y seguramente conversar delante de Dios. La vida que hacia era ésta: cubría sus carnes con la desnudez y desprecio que arriba contamos. Mas, porque en peinar y curar el cabello y ataviar su persona había sido en el siglo muy curioso, para que el desprecio desto igualase á la demasia que en preciarse dello había tenido, de día y de noche trujo siempre la cabeza descubierta, y el cabello (que, como entonces se usaba, por tenerle rubio y muy hermoso le había dejado crecer) traíale desgreñado y por peinar. Y con el menosprecio de sí dejó crecer las uñas y barba. Así suele nuestro Señor trocar los corazones á los que trae á su servicio, y con la nueva luz que les da les hace ver las cosas como son, y no como primero les parecían; aborreciendo lo que ántes les daba gusto, y gustando de lo que ántes aborrecían. Disciplinábale reciamente cada día tres veces. Y tenía siete horas puesto de rodillas en oración, y esto con grande fervor é intensa devoción. Y oía misa cada día, y visperas y completas, y con esto sentía mucho consuelo interior y grande contento; porque, como ya su corazón estaba mudado, y como una cera blanda dispuesto para que en él se imprimiesen las cosas divinas, las voces y alabanzas del Señor que entraban por sus oídos penetraban hasta lo interior de sus entrañas. Y con el calor de la devoción derretíase en ellas, contemplando su verdad. Pedía limosna cada día; pero ni comía carne ni bebía vino. Solamente se sustentaba con pan y agua, y aún esto con tal abstinencia, que si no eran los domingos, todos los demás días ayunaba. Tenía el suelo por cama, pasando la mayor parte de la noche en vela. Confesábase todos los domingos, y recibía el Santísimo Sacramento del altar. Tenía tanta cuenta con irse á la mano, y tomaba tan á pechos el sojuzgar su carne y traerla á la obediencia y servicio del espíritu, que se privaba y huía de todo lo que á su cuerpo pudiese dar algún deleite ó regalo. Y así, aunque era hombre robusto y de grandes fuerzas, á pocos días se enflaqueció y marchitó la fuerza de su antiguo vigor y valentía, y quedó muy debilitado con el rigor de tan áspera penitencia. Vino con esto á traer á sí los ojos de las gentes, y tras ellos llevaba los corazones. De manera que muchos que se le allegaban y deseaban tratar familiarmente con él, cuando le oían, quedaban por una parte maravillados, y por otra inflamados para todo lo bueno. Porque, aunque él era principiante en las cosas espirituales y poco ejercitado en las virtudes, pero estaba tan abrasada su ánima en el fuego del amor divino, que no podían dejar de salir fuera sus llamas y resplandores. Y de aquí es que sus palabras, tan encendidas, acompañadas con la fuerza y espíritu que tenía en persuadir á la verdadera virtud, y con el ejemplo de aquella vida que todos veían, ayudándole la gracia del Señor

para todo, eran parte para ganar las almas á Dios y para enamorar los corazones de los que le trataban, y aficionarlos á sí y traerlos suspensos con grande admiración. Para lo cual no ayudaba poco lo mucho que se había divulgado por la tierra de su nobleza y valor, que fué, como suele, creciendo de lengua en lengua, y publicando aún mucho más de lo que en él había en hecho de verdad. Tuvo origen esta fama de lo que él con tanto secreto había hecho en Monserrate, que con toda su diligencia y cuidado no lo pudo encubrir; porque cuanto él más procuraba esconder la hacha encendida y ponerla debajo del medio celemin, tanto más Dios nuestro Señor la ponía sobre el candelero para que á todos comunicase su luz.

CAPÍTULO VI.

Cómo nuestro Señor le probó, y permitió que fuese afligido con escrúpulos.

Entrando pues en este palenque nuestro soldado, luchando consigo mismo y combatiendo valerosamente contra el demonio, pasó los cuatro primeros meses con gran paz y sosiego de conciencia y con un mismo tenor de vida, sin entender los engaños y ardides que suele usar el enemigo con quien lidiaba. Aún no había descubierto Satanás sus *entradas y salidas*, sus acometimientos y *fingidas huidas*, sus acechanzas y *celadas*; aún no (1) le había mostrado *los dientes de sus tentaciones*, ni le había puesto los miedos y espantos que suele á los que de véras entran por el camino de la virtud. Aún no sabía Ignacio qué cosa era gozar de la luz del consuelo despues de haber pasado las horribles tinieblas del desconsuelo y tentación; ni había experimentado la diferencia que hay entre el ánimo alegre y afligido, *levantado y abatido, caído y que está en pié* (2), porque no había su corazón pasado por las mudanzas que el hombre espiritual suele pasar y experimentar. Cuando un día, estando en el hospital, rodeado de pobres y lleno de suciedad y de mugre, le acometió el enemigo con estos pensamientos, diciendo: «¿Y qué haces tú aquí en esta hediondez y bajeza? ¿Por qué andas tan pobre y tan aviltadamente vestido? ¿No ves que tratando con esta gente tan vil, y andando como uno dellos, escureces y apocas la nobleza de tu linaje?» Entonces Ignacio llegóse más cerca de los pobres, y comenzó á tratar más amigablemente con ellos, haciendo todo lo contrario de lo que el enemigo le persuadía. El cual desta manera fué vencido. Otro día, estando muy fatigado y cansado, fué acometido de otro molestísimo pensamiento, que parece que le decía: «¿Y cómo es posible que tú puedas sufrir una vida tan áspera como ésta, y tan miserable, y peor que de salvajes, setenta años que aún

te quedan de vida?» Á lo cual respondió: «¿Y por ventura tú, que eso dices, puedesme asegurar sola una hora de vida? ¿No es Dios el que tiene en su mano los momentos y todo el tiempo de nuestra vida? Y setenta años de penitencia, ¿qué son, comparados á la eternidad?» Estos dos encuentros solos fueron los que tuvo al descubierto, para volver atras del camino comenzado. Y habiendo sido tan lleno de trabajos y peligros, y tan sembrado de espinas y abrojos, como muestra todo lo que hizo y padeció, es señal de la particular misericordia con que el Señor le previno en las bendiciones de su dulcedumbre. Mas de ahí adelante hubo una gran mudanza en su ánima, y comenzó á sentir grandes alteraciones y como contrarios movimientos en ella. Porque estando en oración y continuando sus devociones, secábasele súbitamente algunas veces el corazón, y hallábase tan angustiado y tan enredado, que no se podía valer ni desmarañar, desagradándose de sí mismo y desabriéndose, por verse sin ningún gusto espiritual. Mas tras esto, venía luego con tanta fuerza una como corriente del divino consuelo, tan impetuosa, que le arrebatava y llevaba en pos de sí. Y así con esta luz desaparecían los nublados de la tristeza pasada, sin dejar rastro de sí. La cual diferencia y mudanza como él echase de ver, movido con la novedad y admirado, decía: «¿Qué quiere decir esto? ¿Qué camino es éste por donde entramos? ¿Qué nueva empresa es ésta que acometemos? ¿Qué manera de guerra es ésta en que andamos?» Pero entre estas cosas le vino un nuevo linaje de tormento, que fué comenzarle á acosar los escrúpulos y la conciencia de sus pecados. De manera que se le pasaban las noches y días llorando con amargura, lleno siempre de congoja y quebranto. Porque, aunque era verdad que con toda diligencia y cuidado se había confesado generalmente de sus pecados, pero nuestro Señor, que por esta vía le quería labrar, permitía que muchas veces le remordiese la conciencia y le escarvase el gusano, y dudase si confesó bien aquello? ¿Si declaró bien esto? ¿Si dije como se habían de decir todas las circunstancias? ¿Si por dejarme algo de lo que hice, no dije toda verdad? ¿O si por añadir lo que no hice mentí en la confesión?» Con los estímulos destes pensamientos andaba tan afligido, que ni en la oración hallaba descanso, ni con los ayunos y vigiliass alivio, ni con las disciplinas y otras penitencias remedio. Ántes derribado con el impetu de la tristeza, y desmayado y caído con la fuerza de tan grave dolor, se postraba en el suelo, como sumido y ahogado con las olas y tormentas de la mar, entre las cuales no tenía otra áncora ni otro refugio, sino allegarse, como solía, á recibir el Santísimo Sacramento del altar. Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza y poderosamente, como que le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entre-

(1) Las palabras de letra cursiva están borradas para omitirlas en las ediciones siguientes, y en vez de *no enmendaba ni*. De este modo quedaba la cláusula más aligerada y correcta.

(2) Por igual razón que en la cláusula anterior, borró estas palabras subrayadas, á fin de que se omitieran en las ediciones siguientes.